El contrato familiar roto.

Familia, memoria y la mercantilización del cuidado.

1. El pacto no escrito.

Hubo un tiempo en que la familia funcionaba como una institución de protección mutua sin necesidad de contrato jurídico. Los padres criaban a los hijos, los hijos cuidaban a los padres cuando envejecían y los abuelos transmitían a los nietos la memoria de lo que habían vivido. No era un sistema perfecto, porque descansaba sobre las mujeres y sobre la sumisión de quienes no tenían otra opción, pero aseguraba la continuidad, la pertenencia y la transmisión de un saber que no estaba en los libros.

Ese pacto se ha roto y, al romperse, no solo se ha disuelto la familia como unidad de protección, sino que se ha perdido también la memoria asociada a ella.

La tesis de este ensayo es que la mercantilización de la vida ha sustituido el contrato intergeneracional por un conjunto de individuos que gestionan su existencia por separado.

Lo viejo, lo acumulado y lo que sabe ha perdido valor frente a lo joven, lo tecnológico y lo inmediato. Y ese cambio ha reducido el rol de los mayores y limitado las raíces percibidas por los jóvenes.

2. La familia como red de seguridad.

Antes de que existiera un Estado del bienestar robusto, la familia era la principal red de seguridad. Los abuelos vivían con los hijos o cerca de ellos, participaban en la crianza de los nietos y aportaban su experiencia en la gestión doméstica. Los hijos, a su vez, asumían el cuidado de los padres cuando dejaban de ser autónomos. Era un intercambio diferido, un “hoy cuido de ti y mañana cuidarás de mí”.

Ese modelo tenía grietas evidentes. Las mujeres asumían la mayor parte del cuidado sin reconocimiento ni remuneración. La convivencia forzada generaba conflictos y quienes no tenían familia quedaban fuera de la red. Pero también tenía una virtud que hoy se echa de menos, la continuidad entre generaciones. Los nietos conocían a sus abuelos, escuchaban sus historias y aprendían de ellos. La memoria no era un archivo, era una conversación.

3. La mercantilización del cuidado.

La incorporación masiva de la mujer al mercado laboral, el envejecimiento de la población y la dispersión geográfica de las familias hicieron que el modelo tradicional dejara de funcionar. La solución no consistió en reforzar los servicios públicos de cuidado, sino en externalizarlo al mercado. Residencias privadas, empresas de ayuda a domicilio y plataformas de cuidadoras. El cuidado se convirtió en un negocio.

Los datos españoles son elocuentes. A finales de 2025, 258.167 personas permanecían en la lista de espera de la dependencia, de las que 148.907 tenían derecho reconocido pero no recibían atención. Entre diciembre de 2024 y diciembre de 2025, 32.704 personas murieron esperando.

De las 4.596 residencias de mayores que existen en España, el 65,8% son de titularidad y gestión privada, frente a un 12,3% de titularidad y gestión pública. El cuidado se ha mercantilizado, aunque el mercado lo precariza porque no es rentable, de lo que se deriva que las cuidadoras cobren salarios bajos, los ratios de personal sean insuficientes y la calidad asistencial se resienta.

La paradoja es cruel. El Estado se retira, la familia ya no puede asumir el cuidado y el mercado lo convierte en un servicio caro y de baja calidad. Y en el centro de esa contradicción, las mujeres siguen asumiendo la mayor carga (casi nueve de cada diez cuidadores no profesionales en España son mujeres). El cuidado no ha dejado de ser un trabajo feminizad, simplemente se ha externalizado sin dejar de ser precario.

4. La primacía de lo nuevo.

La ruptura del contrato familiar no es solo una cuestión de cuidados. Es también una cuestión de valoración del saber. En la sociedad actual, lo que es joven, tecnológico e inmediato tiene más prestigio que lo viejo, acumulado y lento. Los abuelos ya no son los depositarios de la memoria. A menudo, son una carga de la que hay que ocuparse. Sus historias no interesan porque la historia está en internet y su experiencia no vale porque la tecnología cambia cada seis meses.

Esa primacía de lo nuevo tiene una consecuencia profunda, la ruptura de la cadena intergeneracional. Los nietos crecen sin escuchar las historias de sus abuelos. No saben de dónde vienen, qué sufrieron sus familias y cómo se vivía antes. Y una sociedad que no sabe de dónde viene es una sociedad que no sabe adónde va. La memoria no es un lujo, es la materia prima de la identidad.

5. La paradoja española.

España presenta una paradoja interesante. Por un lado, el 23% de las personas mayores vive sola, una de las cifras más bajas de la Unión Europea, donde la media es del 32%. Es decir, la familia española resiste más que la europea en términos de convivencia. Pero, por otro lado, el cuidado se ha mercantilizado con una intensidad enorme en forma de residencias privadas, listas de espera eternas y cuidadoras precarizadas. La familia resiste, pero ya no puede sostener sola el peso del cuidado, y el Estado no ha ocupado el espacio que la familia ha dejado de llenar.

6. Los límites de la nostalgia.

No se trata de idealizar el pasado. El pacto familiar tradicional tenía costes enormes para las mujeres y para quienes no encajaban en el molde. No hay que volver a la familia patriarcal, pero sí hay que recuperar lo que ese pacto tenía de valioso: la continuidad, la pertenencia y la transmisión. La familia no tiene que ser una cárcel, pero tampoco puede ser un conjunto de individuos desconectados que se ven una vez al año.

7. La vida con memoria.

La ruptura del contrato familiar no es irreversible, aunque exige algo más que lamentos nostálgicos, como políticas públicas y un cambio cultural:

- Reconocer el cuidado como trabajo y como derecho, con una inversión pública que equipare España a la media europea y reduzca las listas de espera de la dependencia.
- Desmercantilizar el cuidado, priorizando los servicios públicos y cooperativos frente a las residencias privadas que extraen beneficio de la vulnerabilidad.
- Crear espacios de encuentro intergeneracional, en las escuelas, los barrios y los terceros lugares, para que los nietos vuelvan a escuchar a sus abuelos.
- Revalorizar la experiencia como fuente de saber, no como un lastre.
- Y recuperar la memoria colectiva, porque una sociedad sin memoria es una sociedad sin proyecto.

Quizás de lo que se trate sea de mirar la familia con otros ojos, no como una institución del pasado, sino como un espacio de resistencia frente a un sistema que nos prefiere solos, consumidores y sin memoria. Porque la vida, como la memoria, no se compra, se transmite. Y una sociedad que deja de transmitir su memoria está condenada a repetir errores sin saber por qué.